

cracia imperial, perdió el carácter de exactitud y de regularidad casi infalibles que habían hecho de ella tan admirable instrumento de opresión. Los resortes de la máquina pública, al no estar ya en movimiento, dejaron de funcionar y acabaron por enmohecerse. Las fuentes de la jurisprudencia se agotaron: el derecho, al que no alimentaba ya la corriente de la vida política, se encogió y tomó el mísero aspecto que tiene en los códigos romanos hechos en la época bárbara; las artes y las letras se convirtieron cada vez más en distracciones de aficionados, consideradas como poco dignas de hombres serios. En una palabra, toda la actividad social del mundo antiguo se iba paralizando poco a poco, y se asistía a la extinción gradual de la vida civilizada.

Para esto no había remedio; no se podía esperar que los bárbaros sacasen de su propio fondo los elementos de una sociedad capaz de sustituir a la antigua. Habían dilapidado su modesto patrimonio nacional, que consistía sobre todo en la pureza relativa de sus costumbres y en el vigor de su temperamento. En lo tocante a vicios, después de una o dos generaciones, habían llegado a ser tan romanos como los romanos mismos; corrían al circo y a las termas, se rodeaban de esclavos y de eunucos, sostenían bailarinas y cómicos, amontonaban tesoros, hacían colecciones de objetos de arte, pasaban de los brazos de sus cortesanas a opulentos banquetes en que los mejores cocineros romanos agotaban todos los refinamientos de su oficio; en una palabra, se saciaban con avidez glotona de todos los placeres que les ofrecía la vida romana, perdiendo en ellos toda su salud moral y física.

No hay ejemplo más lamentable de esta decrepitud precoz que el de los vándalos, precipitados, por azar de la fortuna, desde las frescas selvas del Norte hasta los ardores envenenados de la costa africana. Aquí, enteramente segregados de su patria germánica, y no encontrando en sí mismos suficiente energía moral para resistir la influencia del medio ambiente, perecieron literalmente consumidos. ¡Qué contraste entre las descripciones que de este pueblo nos han dejado dos observadores romanos que los estudiaron con un siglo de intervalo! Salviano, que fué contemporáneo de su entrada en África, dice que eran entonces castos y sencillos, que tenían horror al pillaje, y que era tal la pureza de sus costumbres, que en parte habían curado de sus vicios a los mismos romanos. Por el contrario, en Procopio, que había combatido contra ellos a las órdenes de Belisario, y que había asistido a sus últimos días, los encontramos entregados a todas

las voluptuosidades y afeminados hasta el punto de que una sola batalla fué suficiente para destruir su reino y su nacionalidad¹.

Puede decirse, sin exageración, que un bárbaro corrompido valía aún menos que un romano; en su ansia de goces sensuales mostraba mayor brutalidad, y no sabía encubrir la suciedad repugnante de su temperamento con la elegancia de sus maneras urbanas. Permanecía enteramente indiferente a los goces intelectuales, de los que no tenía ni noción; además, las letras, al aguzar su entendimiento, no mejoraban su corazón, y los escasos tipos de bárbaros literatos que nos ofrece el siglo VI no nos hacen lamentar que sean tan pocos. El trato con las musas no suavizó la ferocidad del rey Trasamundo, el perseguidor más fanático y cruel que salió de los vándalos, como tampoco la filosofía ennobleció el carácter de aquel platónico ostrogodo llamado Teodato, asesino de su bienhechora, opresor de sus súbditos y traidor, finalmente, de su propio pueblo, al que entregó a Justiniano. Hay algo de grotesco y de odioso a la vez en esos tipos de mestizos de civilización y barbarie, reluciendo con el barniz de una cultura a la que son completamente inaccesibles; se comprende la aversión que inspiraban las letras a los mejores de los conquistadores germánicos, ya que no aprendían a conocer sus efectos más que en tales caracteres.

Tal fué el resultado de la conquista del mundo romano por los bárbaros. Apenas puestas en contacto, las dos sociedades trabajaron inconscientemente en destruirse recíprocamente: la romana, comunicando sus vicios a la bárbara, y ésta, rompiendo con sus manazas brutales los delicados organismos del mundo imperial. No podía ser de otro modo; no hay maridaje ni combinación posible entre la podredumbre y el germen: sólo hay comunicación de muerte. Los que hablan del rejuvenecimiento del mundo por la infusión de la sangre germánica, que se detengan ante los pueblos que estudiamos aquí, y verán lo que el elemento bárbaro, abandonado a sí mismo, era capaz de hacer en favor de la salvación de la civilización. Ninguno de estos reinos llegó ni siquiera a plantar las bases de una nacionalidad; todos vieron agotarse su porvenir con la vida de algún hombre que fué su fundador y en cuya personalidad se concentra todo el interés que inspira su obra. Apenas baja éste a la tumba, el edificio nacional se hunde con él, como si el destino quisiera proporcionarle funerales dignos de un rey, ofreciendo a su memoria el holocausto de su pueblo.

¹ SALVIAN. *De Gubern. Dei*, VII, 7-23; PROCOPT., *De Bell. vand.*, I, 5.

El fundador del reino de los vándalos en África es una de las figuras más notables de su tiempo; aquel cojo raquítico, dueño de sus voluptuosidades y esclavo de sus cóleras, pronto siempre a reparar a fuerza de habilidad lo que había comprometido a fuerza de violencias, aventurero audaz a la vez que diplomático avisado, fué, con Atila, el adversario más temible del Imperio agonizante. Tan pronto se lanza contra él con vigor irresistible, llevando tras sí la desolación y el saqueo despiadado, como, inmóvil e invisible en las tramas que urde desde lejos, lo rodea de una red de enemigos encarnizados, que, agotando al Imperio, permiten al viejo rey conservar sus propias fuerzas. Los hunos, los visigodos y los suevos fueron sucesivamente, obedeciendo al impulso que les comunicaba, a asaltar a Roma en el momento que su política había señalado como más propicio para la ejecución de sus planes. Su superioridad sobre los romanos degenerados a quienes tuvo que combatir es innegable, y sería uno de los hombres más grandes de su siglo si sólo hubiese que juzgar a los hombres públicos por sus talentos, sin pedirles cuenta de sus actos. Pero aun cuando maestro consumado en el empleo de pequeños medios, careció de verdadera genialidad, porque carecía de auténtica grandeza; inaccesible a toda idea elevada y a toda inspiración generosa, no conoció nunca las altas preocupaciones del hombre de Estado ni las santas angustias del civilizador.

Todos sus recursos intelectuales se concentraron en una obra de muerte, y el fundador de la monarquía de los vándalos desaparece tras el destructor del imperio romano. Cargado con el grave peso de los destinos de un pueblo naciente, no supo hacerles durar más allá de su propia vida; su golpe de vista, de una finura maravillosa para aprovechar las ocasiones favorables al momento presente, no era bastante vasto para abarcar ni el porvenir inmediato. Como si la fatalidad de su misión pesase sobre todos sus actos, las pocas medidas de conservación que tomó como soberano de los vándalos y jefe de la familia real, se volvieron en detrimento de su pueblo y de su dinastía.

Su ley de sucesión, que tenía por objeto prevenir las discordias, llamando cada vez al trono a aquel de sus descendientes que tuviese más edad, fué un expediente que sirvió más bien para fomentarlas. Tampoco tuvo éxito en su política con los vencidos, pues su excesiva suspicacia lo echó todo a perder; la seguridad de que su pequeño pueblo de cuatrocientas mil almas, que no contaba más de cincuenta mil guerreros, estaría en peligro permanente si lo diseminaba por las provincias conquistadas, aglomeró a todos los vándalos en la ciudad

de Cartago y en el África proconsular. Para establecerlos allí, tuvo que recurrir a los mayores rigores contra los antiguos habitantes, que quedaron completamente despojados y reducidos a la condición de mendigos o de colonos de sus vencedores. Esta medida, de una atrocidad excepcional aun entre los bárbaros, fué un pecado que engendró otros; para no dejar baluarte alguno que pudiera servir a las sublevaciones de aquella población exasperada, Genserico hizo arrasar todas las plazas fuertes. Sólo quedó fortificada Cartago, ocupada por los conquistadores, y así, el reino de África se convirtió pronto en un vasto desierto, con una sola ciudadela en su centro¹. Para adueñarse de él, bastaba apoderarse de la capital.

Allí fué donde los vándalos, sitiados durante toda la duración de su reinado efímero por el odio de sus súbditos, se abandonaron a la embriaguez del triunfo y se saturaron de las delicias de la civilización. No salían de sus orgías más que para turbar al mundo y pedir al saqueo nuevas riquezas, fuentes de nuevos goces. Dueños de una costa que la naturaleza parece haber destinado a ser el asiento de una gran potencia marítima, disponían, como sus predecesores, los mercaderes de Cartago, y como sus sucesores, los piratas de Argel, de una flota que era el terror del Mediterráneo. Ante ellos temblaba el Oriente y el Occidente; Sicilia, Cerdeña, Córcega y las Baleares les pertenecían; Roma, violada una primera vez por las hordas de Alarico, veía caer entre las manos de los vándalos todos los tesoros que habían respetado los visigodos; hasta el Peloponeso y las islas del mar Egeo recibieron sus visitas. Todos los años, al salir del puerto de Cartago en busca de alguna aventura desconocida, dirigían sus velas, según decían, hacia *el lado de donde soplabla la cólera de Dios*². Preocupados siempre en destruir el Imperio Romano y nunca en afirmar el suyo, permanecieron como extranjeros en África hasta el día en que un ejército romano, salido de Bizancio y acogido con los brazos abiertos por los indígenas, los barrió del suelo. Nada debía sobrevivir de aquellos feroces aventureros sino su nombre, cubierto para siempre de baldón.

De Genserico a Gondebaldo, de los vándalos a los burgundios, el contraste es notable. Entrados en la Galia en virtud de un tratado en regla, los burgundios se establecieron pacíficamente en la provincia que les había sido asignada, y, cuando sintieron la necesidad de extenderse, un nuevo pacto presidió también a su nueva instalación. Una vez hecha, la partición quedó definitiva, y los romanos fueron protegidos concienzudamente contra toda disminución ulte-

¹ PROCOP., *De Bell. vandal.*, I, 5.

² PROCOP., I, 1.

rior de sus propiedades. No atormentaba a los burgundios la sed de conquistas; tomaron en serio los convenios en virtud de los cuales estaban al servicio del Imperio; cumplieron exactamente sus obligaciones, y se sabe que, no contentos con el título de vasallos de los romanos, procuraban hacerse pasar por parientes suyos. Durante todo el tiempo que duró esta nación, sus reyes tuvieron a honor recibir de los Emperadores de Occidente o de Oriente los títulos de condes o de patricios, y no cesaron de enviar a Bizancio las protestas más humildes de su adhesión¹. Gondebaldo, que ante la historia es el representante más cabal de este pueblo, fué el primero que legisló en favor de sus súbditos romanos, y el código que redactó para los mismos burgundios es notable por la influencia que en él ejerce la legislación romana. Aquel rey bárbaro, rodeado de consejeros romanos, y que se ponía, por decirlo así, bajo su férula, mereció de Teodorico la felicitación de que, gracias a él, los burgundios se estaban deshaciendo de la barbarie primitiva².

Pero la total insuficiencia del mundo germánico ante los grandes problemas del porvenir se revela también manifiestamente en este personaje vacilante y perplejo. Todo su reinado transcurrió sin que llegase a encontrar su rumbo; no supo hacer frente a ninguna de las dificultades que por dentro y por fuera cercaban a su nuevo reino. Los burgundios se encontraban comprimidos entre los numerosos vecinos que los rechazaban hacia las montañas y les obstruían el camino del mar: pues no aprovechó las ocasiones que se le ofrecieron para llegar al Mediterráneo. Cuando vió a Teodorico y a Odoacro disputarse la Italia en lucha sangrienta, en vez de reivindicar frente a ambos antagonistas el papel de árbitro omnipotente, se contentó con el de un saqueador vulgar, y corrió a retaguardia de los ejércitos combatientes a exigir gruesas contribuciones de guerra a los países que aquéllos habían arruinado previamente. Siendo arriano, como era, y teniendo sus flancos amenazados por los francos, que eran católicos, cometió el error de procurarles el apoyo de sus armas contra los visigodos arrianos, con lo cual se privó él mismo del apoyo de sus aliados naturales enfrente de los francos, que se hicieron desde entonces irresistibles. No se dejó arrastrar por los fanatismos inconsiderados, como otros monarcas arrianos, decretando la persecución de sus súbditos católicos, sino que hasta mostró inclinación por su culto, que era el de muchos de sus parientes; pero

¹ Segismundo al Emperador Anastasio: *Vester quidem est populus meus, sed me plus servire vobis quam prae-* se illi delectat. S. AVIT., *Epist.*, 83.
² Per vos propositum gentile deponit. CASSIOD., *Variar.*, I, 46.

no se atrevió ni a adoptarlo francamente ni a declararse su enemigo. La razón y el interés le llamaban hacia la Iglesia, pero los prejuicios nacionales y la pusilanimidad le retenían apartado de ella. Duda, vacila, consulta, provoca reuniones públicas, presta oídos a las urgentes admoniciones de San Avito de Viena, y a veces parece convencido y dispuesto a alguna iniciativa grandiosa, pero jamás da el paso decisivo, y, por una irresolución, que es fruto de su falta de carácter, deja pasar, sin aprovecharla, la hora de la salvación de su pueblo¹. Sus hijos habían de saber muy pronto, por cruel experiencia, que tal hora nunca suena dos veces en la vida de una nación.

No se puede reprochar falta de energía y de decisión a los reyes visigodos de Tolosa; no hay aquí vacilación alguna acerca del fin perseguido: eran francamente arrianos y resueltamente conquistadores. Un tratado había conseguido a los visigodos la Aquitania segunda, pero ellos no cesaron de ensanchar este dominio mediante conquistas sobre el Imperio o a costa de los otros bárbaros. No eran, propiamente hablando, enemigos de Roma, como los vándalos, pero tampoco vasallos suyos, como los burgundios; se consideraban más bien como sus herederos, pero herederos legítimos y adoptados por el Imperio mismo. Aquella raza heroica guardaba preciosamente los grandes recuerdos y las poéticas tradiciones de la conquista. Los visigodos eran la primera nación germánica que había entrado en armas en el suelo del mundo romano; habían atravesado de parte a parte las tres grandes penínsulas del Mediterráneo, que eran sus regiones más hermosas; habían destrozado las legiones romanas, matando a Emperadores y conquistando la Ciudad Eterna, a la que habían tratado como vencedores generosos; y, después de haber mostrado al Imperio que podían terminar con él, se enorgullecían de haberse convertido en sus defensores, según demostraron en la tremenda jornada de Mauriac, su gran victoria, como se ufanaban en proclamar.

En ningún otro pueblo bárbaro se afirmaba con orgullo tan patriótico la fidelidad a las costumbres nacionales; aun bajo el reinado de Teodorico habían conservado las asambleas populares que deliberaban sobre los negocios públicos, y aun cuando el conocimiento del latín estuviese muy difundido entre ellos, dirigíanse en su lengua materna a los embajadores del Imperio. Sus reyes, al par que de hecho se convertían en sucesores de los Césares, habían conservado el varonil vigor que distingue a los jefes germánicos. El cuadro que un contemporáneo nos traza del empleo que Teodorico hacía del

¹ GREG. TUR., *Hist. eccl. Franc.*, II, 34.

día nos lleva a admirar en aquel bárbaro a un príncipe que es tan dueño de sí mismo como de sus súbditos ¹.

Esta nación llegó al apogeo de su poder bajo el reinado de Teodorico I y de sus tres hijos (419-484), el último de los cuales, Eurico, es el más ilustre de todos los monarcas visigodos. Reina en España y en la Galia; conquista la Provenza y la Auvernia; habla con altivez a los Emperadores, quienes tiemblan ante él; ve buscada su alianza por los suevos y los vándalos, y es temido por todos sus vecinos, sin que tema él a ninguno. Este hijo de invasores castiga con la severidad de un rey a los piratas sajones que merodeaban por su provincia de Aquitania. Árbitro del Occidente, parece haber trasladado a Burdeos, su capital, el centro del mundo romano. Es el legislador de su pueblo, y, sin ser literato, tiene en la persona de su ministro León de Narbona un Mecenas que alienta a los ingenios y que intenta interesarlos en la gloria de su señor ². En fin, se siente bastante poderoso como para no tener que contar con la Iglesia católica, y aun cuando ésta reina sobre todos sus súbditos romanos, le declara la guerra y la persigue durante muchos años. Diríase que, tan celoso de emanciparse de la influencia de Roma como de la de la Iglesia, el pueblo visigodo va a intentar de nuevo el proyecto que había seducido a Ataúlfo en su juventud y a fundar un Imperio visigótico subsistente por sus propias fuerzas.

¡Vana ilusión! He aquí el hacha de Clodoveo levantada sobre aquel trono que, en el momento de su mayor esplendor, se hundirá a los golpes de un bárbaro grosero. Una sola batalla ha decidido la suerte de la monarquía visigótica: rechazada más allá de los Pirineos, no se sostendrá más que a costa de una transformación que le quitará todo su carácter, doblegándose a las leyes de aquella civilización católica, a la que había arrojado el guante de manera tan orgullosa. La obra de Eurico, después de haber brillado durante algunas jornadas con luz engañosa, se hundía al igual que las de Genserico y Gondebaldo.

Indudablemente, el más notable de los reyes bárbaros es Teodorico, rey de los ostrogodos de Italia, héroe extraño detenido en el umbral de la sociedad moderna, entre un mundo al que aún no pertenece, y otro al cual ha dejado ya de pertenecer; flota, así, entre dos épocas en una penumbra más favorable a la epopeya que a la historia. Es el verdadero gran hombre de los pueblos del siglo VI; podría llamársele el Carlomagno del arrianismo; jamás bárbaro alguno se asimiló hasta tal punto a la civilización romana, ni pareció

¹ SID. APOLL., *Epist.*, I, 2.

² *Ibidem*, IV, 22.

tan sinceramente adicto a ella. En Teodorico se unían la grandeza de espíritu y la nobleza de carácter para hacer de él el tipo del hombre digno de mandar a sus semejantes. Igualmente superior en las artes de la paz y de la guerra, veía claramente el fin que se proponía, y tenía noción exacta de los medios necesarios para alcanzarlo; cuando trataba de conseguirlo, ponía todo en movimiento, y poseía el arte de detenerse a tiempo después de haberlo alcanzado. Hay que admirar en él aquellas dos cualidades tan preciosas en el estadista: la de saber perdonar y la de saber discernir el mérito de sus enemigos. Exento del fanatismo arriano, que fué la desgracia de los pueblos germánicos, estaría libre de todo reproche si su carrera no se abriese y se cerrase con un crimen, y si no se presentase ante nosotros entre las sombras acusadoras de Odoacro y de Símaco. Pero no se comprendería bien su figura patética si no se distinguiese en él a dos hombres que desaparecen el uno tras el otro: el conquistador bárbaro, que queda en escena hasta la sumisión definitiva de Italia, y el pastor de los pueblos, que le sucede a partir de esta época hasta el último año de su reinado. Entonces, por una fatalidad trágica, el león domado reapareció dentro del gran hombre, y, por sus violencias, el civilizador de los godos manchó con sangre e ignominia el fin de su gloriosa carrera.

Teodorico se había establecido en Italia con el consentimiento de Zenón, y aun cuando, con doblez enteramente bizantina, el Emperador hubiese evitado dar a su conquista ratificación formal, el rey bárbaro, rivalizando con él en astucia, se había aprovechado de tal silencio como de una aquiescencia explícita. Con relación a Bizancio, empleaba el lenguaje humilde de un lugarteniente o de un virrey, pero a sus súbditos les hablaba y mandaba como un rey, más aún: como un Emperador. Ocupaba en Rávena el palacio de Honorio, se revestía con su púrpura, se rodeaba de opulento cortejo de *domésticos*, acuñaba moneda con su propia efigie, empleaba el plural para designar su persona y trataba de aparecer a los ojos de los occidentales como un colega de los Césares.

Todo permaneció romano bajo su gobierno; continuóse nombrando cónsules, prefectos del pretorio y gobernadores de provincia; el senado de Roma y los de los municipios fueron conservados y rodeados de atenciones y de honores. Los juegos públicos fueron objeto de la mayor solicitud del príncipe, no menos que las distribuciones gratuitas de víveres; el lenguaje de Teodorico no se distingue en esta cuestión del de los antiguos Emperadores: también él proclama que en nada tiene más interés que en asegurar a las

masas una ociosidad feliz¹. Sus ministros romanos, con habilidad notable, continúan bajo él las tradiciones seculares de la administración romana, sin que se pueda notar solución alguna de continuidad; hasta llegan más allá, y ponen en su boca el majestuoso énfasis del lenguaje imperial. Escuchadle cuando habla: no es un conquistador que impone un nuevo régimen a Italia, sino un bárbaro que ha sido conquistado él mismo por la civilización y que se encuentra en el trono prisionero del mundo que ha destruido².

Sin embargo, no hay que dejarse llevar de la creencia de que el ideal político del monarca ostrogodo haya consistido en la fusión total del elemento germánico y el romano. Sin duda, intentó conciliarlos y hasta unirlos; pero, en lo que puede adivinarse de su pensamiento a través de sus actos, se le ve preocupado en evitar la absorción total del uno por el otro. A su entender, la misión de los godos y la de los romanos eran muy diferentes, y, para poderlas cumplir de un modo conveniente, era preciso que conservasen sus caracteres distintivos; a los godos, jóvenes y fuertes, les correspondía el oficio de las armas y las cargas de la guerra; a los romanos, instruidos y pacíficos, los empleos civiles y las ocupaciones de la paz. Ni siquiera en este reparto de atribuciones puede verse una innovación, pues desde hacía largo tiempo los ejércitos imperiales sólo se reclutaban entre los bárbaros. La originalidad del plan de Teodorico consistió en querer iniciar a los godos en la vida civilizada sin que perdieran por ello el vigor físico y moral, que era su cualidad principal. Los repartió en el suelo de Italia, les asignó tierras, los sometió al imperio de las leyes lo mismo que a los romanos, y no les permitió considerarse como conquistadores, sino sólo como una nueva clase de propietarios, que tenía sus jueces propios y sus obligaciones especiales y a la que, con su edicto, convocó expresamente al respeto de las leyes generales de la civilización. Quería hacer de ellos soldados ciudadanos que, ligados entre sí por los vínculos de la nacionalidad, estuviesen protegidos contra el contagio de la afección romana por el ejercicio de las armas, y contra las tendencias bárbaras por el interés que tenían como propietarios en la conservación del orden social.

¹ CASSIOD., *Variar.*, I, 20.

² Teodorico al Emperador Anastasio: *Regum nostrum imitatio vestra est.* (*Ibid.*, I, 1). A los galos: *Exiite barbariem... Quid enim potest esse felicius quam homines de solis legibus confidere?* (*Ibid.*, III, 17). Al vicario de Galicia: *Talem te judicem provincia susci-*

piat qualem romanum principem transmisisse cognoscat (*Ibid.*, II, 16). Y en otra parte: *Cur ad monomachiam recurritis qui venalem judicem non habetis? Deponite ferrum.* (*Ibid.*, III, 24). Y aun más: *Foedum est inter jura publica privatis odiis licentiam dare.* (*Ibid.*, IV, 10, etc.)

Tal concepción era a la vez ingeniosa y ficticia; si por una parte tuvo el buen resultado de asegurar la perpetuidad de un ejército sólido, esa dualidad político-social había de ser obstáculo insuperable para la creación de una verdadera nacionalidad. Sea de ello lo que fuere, nada fué omitido por el poder para hacer aceptable a todo el mundo la manera como había resuelto el problema; se tomaron infinitas precauciones para que la condición en que habían sido colocados los godos no pudiese ser mirada por los romanos como constitutiva de privilegios; hasta las menores susceptibilidades del patriotismo itálico fueron objeto de miramientos delicados y nada más instructivo en tal sentido que la lectura de los documentos oficiales emanados de la corte de Rávena. Con un poco de buena voluntad, podía saludarse en aquel rey gótico a un romano de adopción, y figurarse que sus compatriotas, lejos de estar a la cabeza de Italia, estaban a su servicio.

Nadie, desde luego, podía sostener fundadamente que, al abrir sus puertas a la ilustre nación gótica, Italia se había convertido en presa de los bárbaros, ni era tampoco vergonzoso para ella acoger a unas gentes tan nobles, pues los godos no eran bárbaros, sino los hermanos y los iguales de aquellos pueblos clásicos, y tenían un pasado gloriosísimo y recuerdos que se remontaban aún más atrás que los de la propia Roma; destinados finalmente por la Providencia a rejuvenecer la vejez del Imperio, no habían cesado de ser sus fieles aliados. Tal fué la tesis a cuya defensa consagró el célebre Casiodoro, el más adicto de los colaboradores de Teodorico, todas las riquezas de su estilo y todos los recursos de su erudición. El hecho de que las letras hayan sido llamadas, en esta época de decadencia, al servicio de tan audaz empresa confirma reciamente la vitalidad intelectual del medio que la vió nacer; pero el que un patriota romano sea quien la concibiese y ejecutase es aún mayor elogio para el régimen que supo atraerse tan preciosa adhesión.

Por lo demás, la actitud personal de Teodorico era indicadísima para congraciarse los afectos de sus súbditos, pues nunca hizo distinción entre unos y otros, y no cesaba de repetir que le eran más queridos aquellos que mejor respetaban las leyes¹. No eran vanas estas palabras: las menores infracciones que se permitían los soldados godos eran castigadas con severidad, y muchas veces se les recordó duramente que no existían privilegios en favor suyo². El poder se mostraba benévolo a la vez que fuerte; la policía era exce-

¹ CASSIOD., *Variar.*, VII, 3. 39; V, 26.

² *Ibid.*, I, 18 y 19; III, 13; IV, 14 y